

Excursión a los concheros de Teno

por J. de C. SERRA RÁFOLS
(Notas de L. DIEGO CUSCOY)

(Conclusión)

Pasemos ahora a describir las estaciones arqueológicas objeto de la excursión.

Durante una permanencia en el faro de Teno, en el curso del verano de 1943, el profesor D. Luis Diego Cuscoy, al mismo tiempo que exploraba diversas cuevas con restos de la cultura primitiva, que existen en los riscos que aíslan la llanada que hemos descrito geográficamente, recorriendo la costa descubrió, en la proximidad de la orilla del mar, por lo general a unas decenas de metros de éste, numerosos amontonamientos de conchas, que por ellos mismos y por la situación típica que ocupaban, llamaron su atención, ya que resultaba imposible hubiesen sido originados por los agentes naturales. Dedicóse a examinarlos detenidamente, efectuando exploraciones en algunos de ellos en busca de algún testimonio que permitiese decir algo respecto a su origen y antigüedad. Resultado de las mismas fué el hallazgo de fragmentos de cerámica antigua, y de algunos fragmentos de obsidiana, las llamadas *tabonas* (pequeñas hojas obtenidas por percusión de núcleos de este feldespató fundido y que tienen su exacto paralelismo en las hojas y lacas de sílex de nuestras culturas prehistóricas), que se encuentran en las estaciones de la cultura tinerfeña pre-histórica.

No quedaba, pues, duda respecto al interés arqueológico de estos concheros, que representan las primeras estaciones de este tipo conocidas en Tenerife, y que tienen paralelos en otras de las islas del archipiélago canario y en lugares ajenos y muy alejados del mismo. Nuestra visita no

tenía otro objeto que examinar esta nueva modalidad de las estaciones de la cultura indígena de Tenerife, y consignamos a continuación las observaciones hechas durante nuestra corta estancia, que han venido a comprobar lo que con anterioridad había podido ser visto por el infatigable investigador al que se debe su descubrimiento.

Resulta difícil, casi imposible, precisar el número de concheros que existen en la costa de Teno. Diremos que no se les encuentra ni en el corto trecho de costa que linda con el mar del sur, ni en la peninsulilla del faro, y que, en cambio, abundan extraordinariamente en todo el litoral norte, desde aquélla hasta el acantilado del Fraile, que separa la llanada de la comarca de Buenavista. Nosotros sólo recorrimos una parte de esta costa, desde el faro hasta más allá de "las casas", porción que acaso represente cosa de la mitad de la misma, pero en la parte restante siguen apareciendo concheros de la misma naturaleza que los visitados. La extrema similitud de todos ellos, la misma repetición del paisaje, con sus bloques basálticos sobresaliendo de la tierras y arenas y de la vegetación, hace que se confundan y que al deshacer el camino para el regreso, resulte difícil saber si se pasa exactamente por el mismo sitio por el que se pasó antes. De todas maneras no dudáramos en afirmar que pasan del centenar los concheros existentes. La única manera de contarlos con poco error, y precisar su situación respectiva, salvo levantar un plano detallado y costosísimo, sería en unas fotografías tomadas desde un avión volando a escasa altura, pues, como puede observarse en las fotografías que adjuntamos, los concheros tienen una coloración blanca que contrasta violentamente con la negrura del basalto, lo que los hace destacar nítidamente en el terreno. Por otro lado, esta precisión topográfica no la consideramos muy importante, pues siendo, en nuestra opinión, como veremos, lugares temporales de campamento, lo que resulta de interés es precisar las características comunes a todos ellos, y no el peculiar emplazamiento de cada uno.

Cada conchero se delata por una extensión de unas decenas de metros cuadrados en la que la tierra aparece recubierta por una capa de conchas fragmentadas o enteras, perfectamente limpias de tierra y mostrando por lo tanto la albura de sus valvas calizas. Todos ellos aparecen emplazados al abrigo del viento, al pie de bloques basálticos naturales, que a veces parecen realzadas por el acumulamiento artificial de otros. Creemos incluso posible que estos amontonamientos artificiales hubiesen sido en

otro tiempo más altos y más completos, sin empero llegar a constituir muros propiamente dichos, y que a la labor de construirlos se debiese, a lo menos en parte, la permanencia en cada emplazamiento, durante un tiempo más o menos largo, del grupo humano que se alimentaba de los moluscos. La verdadera extensión de los concheros es menor que la que parece ser a simple vista, juzgando por aquella que aparece cubierta de conchas y sus fragmentos, pues, al excavar, se pone de manifiesto que, en parte, el grosor del yacimiento es mínimo y se reduce a un manto absolutamente superficial. No dudamos en creer que se debe a la acción del viento esta extensión superficial de los concheros, y que estos propiamente hay que considerarlos limitados, en su época primitiva, a la zona donde ofrecen un grosor más considerable, cosa que acontece al pie de los citados amontonamientos de bloques basálticos. Por ello los concheros tienen realmente una forma alargada. Su anchura suele variar alrededor de los dos metros, y su longitud puede ser del doble al cuádruplo de esta cifra. Su superficie aparece clapeada por bloques de basalto, pero al levantar estos se observa que debajo se extiende la capa de conchas, y por lo tanto tales bloques hay que considerarlos caídos con posterioridad, tal vez desprendidos del respaldar tantas veces mencionado.

En las calicatas efectuadas se ha observado un grosor máximo de conchas, mezcladas con una pequeña cantidad de tierra, de 60 cm., pero el más común parece variar entre 30 y 50 cm.; por debajo de las conchas aparece una capa de tierra arenosa de una potencia que varía entre 10 y 30 centímetros que reposa sobre el lecho basáltico común a toda la llanada.

En la proximidad de los respaldares parece delatarse la existencia de hogares; estos se manifiestan en ciertas disposiciones de los bloques basálticos, formando semicírculos, y en especial en la presencia de tierra ennegrecida que se mezcla con las conchas, y en la que se descubren incluso pequeños fragmentos carbonosos. Hay que atribuir este ennegrecimiento a tales carbones y también a la descomposición de materias orgánicas. Estos hechos han sido observados muy netamente y no ofrecen duda alguna.

No parece que se puedan determinar estratos diversos y cada yacimiento forma una sola entidad cronológica. Tampoco pudimos observar nosotros ni el Sr. Cuscoy la presencia de capas estériles de tierra entre capas de conchas. No sabemos si insistiendo en las prospecciones se po-

podrían observar en algún punto fenómenos de esta naturaleza, sobre cuyo valor no cabe insistir, pero nos parece dudoso, por lo menos mientras no se encuentren yacimientos de mayor potencia. Claro que nosotros prospectamos, y sólo muy ligeramente, tan sólo en tres concheros, y como que la apariencia exterior de todos ellos es idéntica, excepto en una mayor extensión superficial de unos respecto a otros (diferencia de superficie que no siempre será la verdadera del conchero, sino de la capa externa) resulta imposible determinar a priori que un yacimiento ofrezca mayores posibilidades en este sentido que otro.

Fuimos poco afortunados en el hallazgo de cerámica y obsidianas (4). De todas maneras en dos de los concheros pudimos recoger algunos fragmentos de la primera. Son, naturalmente, hechos a mano (cosa, en Tenerife, poco significativa, ya que la cerámica a mano se continúa fabricando actualmente en abundancia en las islas), pero con las características de ser muy bien cocidos, ofrecer una gran resistencia a romperse, observarse en su corte dos capas: una exterior y otra interior de coloración más fuerte, separadas por una tercera más clara; la tonalidad general es la pardo-obscura. Los conocedores de la cerámica indígena clasifican estos fragmentos, sin vacilación, entre ella. Nosotros, si hubiésemos de compararla con una cerámica peninsular, recordaríamos inmediatamente la neolítica levantina que se ha llamado almeriense, y su continuadora la argárica. No pretendemos al hacer este paralelismo establecer relación de ninguna clase entre ambas, sino simplemente sugerir al arqueólogo un término de comparación que le permita formarse una idea de sus características. Estos fragmentos son demasiado pequeños para darnos una idea de las formas, pero por su relativa delgadez y por la comba que presentan deben corresponder a vasos de tamaño mediano, probablemente de tipos ovoides o de cazuela.

Fragmentos de obsidiana recogimos dos, de muy pequeñas dimensiones, pero bien representativas de estas esquirlas talladas en tan duro material, que, como es sabido, se encuentra en la parte central de la isla, en

(4) No ocurrió así en la primera visita verificada en el verano de 1943, en cuya ocasión se recogieron multitud de fragmentos cerámicos, entre los que se separaron, por su mayor interés, los trozos de bordes que presentaban el dentado inciso, detalle característico e inconfundible de la cerámica guanche. Entonces también fueron bastante numerosos los hallazgos de *tabonas* enteras, análogas a las que se encuentran en las cuevas habitación y en los yacimientos funerarios.

la zona de Las Cañadas, y que han debido ser llevadas a Teno intencionalmente. También descubrimos en el más importante de los concheros en que hicimos observaciones un canto rodado de basalto, que pudo ser traído del mar, pero no por los agentes naturales (5). Este canto apareció entre tierra ennegrecida de hogares, a 40 centímetros de profundidad, pero los fragmentos de cerámica y las tabonas fueron halladas superficialmente, en la proximidad del lugar donde había tales hogares. El Sr. Cuscoy, en sus investigaciones, ha efectuado, pero con más abundancia, hallazgos similares de cerámica y obsidianas talladas, y nos manifiesta que tales hallazgos han sido siempre superficiales.

Veamos ahora cuáles son las conchas que forman estos yacimientos. Diremos que están constituidos en predominio absoluto, por lo menos en la proporción del 999 por 1.000, de conchas del molusco gasterópodo univalvo llamado lapa. A su lado figuran algunos ejemplares de pequeños *busios*, claras y burgados, pero, como decimos, en cantidades comparativamente mínimas. Las lapas existen en tamaños variados. En la capa superficial aparecen rotas en su mayor parte, incluso trituradas, en la profundidad casi todas enteras. Ni en unas ni en otras se aprecia desgaste, de manera que sus aristas naturales son vivas. Vimos de todas maneras algunos ejemplares que se habían desgastado hasta perforarse, pero probablemente tenían tales perforaciones su origen en roturas accidentales de forma angular. Actualmente siguen encontrándose lapas adheridas a las rocas del mar del Norte, pero, nos dijeron, que en cantidades pequeñas. De hecho, en la mañana del día 14, nuestros compañeros Sres. Cuscoy y Zotés se dedicaron a la recolección de moluscos para preparar la comida, en las rompientes cercanas al faro, y por unos centenares de burgados recogieron únicamente media docena de lapas de pequeño tamaño. Estas, como es sabido y pudimos apreciar, son de excelente sabor y la parte comestible es relativamente abultada en proporción al tamaño de la concha.

(5) El canto rodado aparece asimismo en las cuevas habitación, muchas de las cuales se hallan lejos del mar y de los barrancos. La circunstancia de hallar ahora uno en los concheros revela su utilización como instrumento. Aun cuando éste no presenta tallados ni señales de haber sido modificado con destino a un uso determinado muchos de los recogidos en cuevas aparecen toscamente tallados, muy semejantes a los que se encuentran en estaciones asturienenses peninsulares.

No parece que en los concheros se hayan encontrado huesos de animales que puedan atribuirse al mismo yacimiento.

Hecha esta descripción puramente objetiva de estas interesantes estaciones, hay que considerar los problemas que plantea su existencia. ¿Cuál puede ser su fecha? ¿A qué gentes puede atribuirse su formación? (6).

La prehistoria tinerfeña llega hasta una época muy reciente, es decir, hasta la conquista a finales del siglo XV, pero parece que a partir de este momento la cultura hispánica se impone con rapidez en toda la extensión de la isla. Las relaciones comerciales, de fecha anterior, con los dominadores de las islas colonizadas un siglo antes, no parece fueran muy inten-

(6) Creemos de sumo interés referirnos, aunque sea brevemente, a los concheros que aparecen en las demás islas, e incluso en una parte del Occidente africano. Aparte de los del Hierro, ya citados, se ha señalado la presencia de estas estaciones en la isla de La Palma, en Gran Canaria, La Gomera y Lanzarote. D. Anselmo J. Benítez (*Historia ilustrada de las Islas Canarias*, págs. 275 y sgtes.) estudia bajo el epígrafe de *Concheros* (kiokenmodingos) estos yacimientos. En la isla de La Palma afirma, citando a Fritsch, que en una cueva del barranco de Las Nieves, junto a restos humanos y animales, aparecían conchas de *patella* y *trochus*. Esto realmente no es un conchero, sino lo característico de toda cueva, pues en toda habitación humana primitiva aparecen estos restos, aunque de un modo excepcional los restos humanos.

Los concheros no hay que irlos a buscar a los barrancos, sino en las zonas llanas cercanas al mar, y en una costa de rocas, acantilados y rompientes.

En Gran Canaria se señalan abundantes concheros en la Isleta, con restos de las especies *patella* y *turbo*. De Lanzarote se citan los de Femés y Yaiza. De Tenerife, al pie de la *Montaña Quemada*, en el lugar llamado Zamora, se descubrieron restos de moluscos bajo unas capas de lava.

En realidad, mientras no se haga un estudio minucioso de estos restos, nada se puede aventurar respecto a ellos. Más interesante resulta consignar el estudio que de los concheros de la costa de Río de Oro hace D. Norberto Font y Sagué ("Boletín de la Sociedad Española de Historia Natural", noviembre de 1902, citado por A. J. Benítez). En los grandes amontonamientos de moluscos halla los géneros *Arca*, *Cardium*, *Conus*, *Murex Hélix* y otros. Uno de estos concheros mide unos 100 metros de longitud por unos 70 de anchura, "formando una ondulación que sobresale de 3 a 5 metros sobre la uniforme llanura". Al remover el conchero pudo comprobar que "a los pocos centímetros, donde no había llegado la acción del viento, las conchas estaban verdaderamente enterradas entre la ceniza y tierra carbonosa". Y excavado el conchero encuentra puntas de flecha de sílex. Al mismo tiempo que las puntas de flecha aparecen cuchillos, rascadores y punzones. No hace referencia ninguna a hallazgos cerámicos, pero es indudable que existieran.

Para el objeto de nuestro estudio estos concheros africanos tienen un extraordinario valor, ya que su aspecto y algunos de los objetos hallados—la obsidiana es el sílex del guanche—coinciden con los concheros de Teño y sin duda con los demás cuando sea completo su conocimiento.

sas ni muy constantes, Por lo menos, que sepamos, no se han señalado, hasta ahora, testimonios arqueológicos de las mismas en las estaciones de la cultura indígena que han sido bien estudiadas, cuyo número, en verdad, es escaso. Desde luego nos parece, indudablemente, que los concheros de Teno han de ser atribuidos a los pobladores pre-hispánicos, pero nada hay en ellos que respire un aire de gran antigüedad.

No es este lugar adecuado para discutir, ni en esbozo, los múltiples y apasionantes problemas que plantea la prehistoria canaria (cosa para la cual, por otra parte, carecemos de conocimientos), especialmente el de su antigüedad, pero se nos antoja que los concheros de Teno han de corresponder a un momento avanzado de esta prehistoria. Nos imaginamos una población establecida en aquella llanada, o compartiendo la estancia entre las cuevas de los riscos (y alguna situada junto al mar, como veremos luego) y los campamentos al aire libre en la orilla del océano, viviendo acaso, en parte, de rebaños de cabras (aunque de ello no tenemos testimonio alguno, pues parece que, de ser esto así, aparecerían en los concheros restos de huesos de estos animales), pero, predominantemente, de moluscos, recolectados en las rompientes, comiéndolos en su mayor parte crudos, pero encendiendo hogares; yendo a buscar el agua indispensable a la vida en las vecinas peñas y trasladándola a sus campamentos en odres de piel y en vasijas de barro, y dejándonos restos de estas últimas; utilizando tabonas para arrancar los moluscos y para cortar.

Nos imaginamos que vivirían en pequeños campamentos emplazados al abrigo del viento, reforzados acaso por medio de ramaje; emplearían la mayor parte de su tiempo en la recolección de la comida y, una vez satisfecha esta necesidad y otras elementales, dedicarían al descanso, como todos los primitivos, las más horas posibles. El clima de Teno, muy suave, con temperaturas constantes y lluvias escasas, permite reducir al mínimo las necesidades del vestido, de manera que, fuera de la comida y la aguada, las demás obligaciones serían muy pocas. No debían practicar la pesca, pues en los concheros no se descubren restos de pescados. Hay que considerar, empero, que, si tenían perros, los pequeños perros tinerfeños (de lo que no tenemos tampoco ningún testimonio), los restos de pescados y de cabras serían en su mayor parte devorados por ellos.

¿El grupo de guanches que aprovechaban para su sustento los moluscos de las rompientes de Teno, hasta formar con sus restos estos considerables amontonamientos de conchas, serían los mismos que habitaban

en las cuevas de los riscos y depositaban sus muertos en otras cuevas? ¿Podría tratarse de un pequeño grupo arrinconado allí, durante un período no muy largo, después de la conquista? La pequeña comarca, aislada y pobre, se presta a un hecho de tal naturaleza. Por otro lado, dentro de lo que conocemos de estos concheros, no parece que puedan ser estaciones ocupadas durante un período muy dilatado.

Su número considerable hace pensar que los pequeños grupos que los crearon dejasen su mísero lugar de acampada cuando los moluscos empezasen a escasear temporalmente en las rocas próximas, estableciéndose un trecho más allá. Cuando, pasado un tiempo, volviesen al primer lugar, seguramente después de merodear por toda la costa, se establecerían en el mismo punto ocupado antes o en su proximidad, lo que explicaría la gran densidad de los concheros; pero, incluso en el caso de escoger, por presentar mejores condiciones de abrigo, un punto ya ocupado con anterioridad, la ausencia no sería lo suficientemente prolongada para determinar la formación de alternancias de capas estériles, intercaladas entre los estratos de conchas. La prueba de la dificultad de formarse estas capas la tenemos en el hecho de presentarse, hoy día, los concheros completamente visibles en la superficie, a pesar de que hemos de suponer un prolongado abandono de los mismos.

No hay que rechazar tampoco, en absoluto, la idea de ser los concheros de Tenos post-hispánicos, en el sentido de ser posteriores, incluso muy posteriores, a la conquista. No cabe duda que la población guanche perduró, mezclándose lentamente con los conquistadores (entre los que se contaban europeos de muchas procedencias, además de hispanos, amén de indígenas de la Gran Canaria, como sabemos por los testimonios históricos), por lo cual es posible que formas particulares de la vida indígena perdurasen, y aún que, a consecuencia de los cambios económicos acaecidos, se desarrollasen dentro del cuadro general de la vida primitiva. Sabemos que los aborígenes *mariscaban* (término empleado por algún autor clásico de la historia de la conquista); no sería raro que un grupo, desposeído de sus elementos habituales de vida o reducidos estos, se viese obligado a *mariscar* más intensamente que antes, hasta dejar testimonio tangible de esta actividad. La pobreza de estas gentes determinaría que los elementos materiales de la nueva cultura apenas figurasen en su mísero utillaje.

Como hemos dicho, existe en este litoral una cueva indígena de habi-



Fig. 1.—Teno, Tenerife. Un conchero protegido por el habitual muro de basalto, en parte artificial



Fig. 2.—Teno. Círculo de piedras que suele hallarse en los concheros, dispuestas como asientos



Fig. 3.—Teno. Remoción de un conchero que muestra las lapas y la tierra negra que las envuelve



Fig. 4.—Teno. Vista de otro conchero inmediato a la «Cueva del Tabaco»

tación, conocida por Cueva del Tabaco. Está emplazada en la costa Norte, a cosa de un kilómetro y medio del faro, ocupando el fondo de una pequeña cala. No muy visible desde tierra, se desciende fácilmente hasta ella bajando unos pocos metros a través de bloques de basalto, en el que está abierta. Su amplia boca aparece en el acantilado muy poco por encima del nivel del mar. Ante ella se extiende una ensenada, que sería mejor calificar de corredor labrado por las olas, que la baten con violencia, donde gran cantidad de gruesos cantos del negro basalto, que ocupan su fondo, han sido pulimentados por el agua hasta formar una playa en la que las arenas serían, a proporción de gigante, formadas por estos bloques. Irregular como todas las cuevas, la del Tabaco resulta ancha de unos 15 m. y profunda de 5 ó 6, con varios agujeros de más penoso acceso en el fondo; su suelo aparece sembrado de peñas irregulares, entre las que aun recogimos algunos pequeños fragmentos de cerámica a mano del mismo tipo de la que aparece en los concheros. No faltan tampoco conchas de lapas, pero sin la abundancia necesaria para que se pueda hablar de un conchero. La estancia en su interior es muy cómoda, pues está bien abrigada. Al visitarla, sobre el pequeño acantilado, encima de ella soplaban el viento con violencia, mientras que en la cavidad reinaba una calma absoluta y una temperatura suave. Nada tiene de particular que los guanches, tan arraigadamente trogloditas, la escogiesen como lugar ideal de habitación.

Tales son las observaciones que nos ha sugerido nuestra visita a la llanada de Teno y sus concheros.